

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 347

Barcelona, 14 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Porque
temía que una
retirada en el

Bajo Aragón, no ya
desmoralizase más de
lo que lo estaba su des-
concertada y anárqui-
ca retaguardia, sino
que repercutiera trá-
gicamente para su
prestigio...

La desilusión de Berlín y de Roma

Un artículo publicado por el crítico militar del «Frankfurter Zeitung» y que ha reproducido la prensa barcelonesa, nos explica, en cierto modo, las razones que ha tenido Franco para obstinarse en la reconquista de Teruel, renunciando para ello a todas las ventajas de la iniciativa. Dicho crítico ha reconocido que después del 21 de diciembre, Franco, para proceder como un verdadero caudillo, debió acusar el golpe republicano, renunciar a toda revancha en el Bajo Aragón, reforzar el nuevo frente apoyándolo en Albarracín y los Montes Universales y seguir preparando su anunciada ofensiva, que debía ser desencadenada, ya en Guadalajara, bien al oriente del litoral andaluz.

¿Valía Teruel, táctica y estratégicamente, el sacrificio de vastos planes y de preparativos enormes? Eso se pregunta el aludido crítico. Y concluye con la afirmación de que Franco se ha equivocado de nuevo. Bien es verdad que hace pesar el origen de dicho error gravísimo sobre motivos de orden político y de orden moral exclusivamente.

Y recuerda que también por causas morales y políticas, Moltke, en agosto de 1914, retiró dos cuerpos de ejército a von Kluck para enviarlos a las regencias prusianas, invadidas por los rusos de Sassormoff y Rennenkampf. Esos cuerpos de ejército hicieron luego muchísima falta en el Dureq y el Marne. Tal vez con ellos, von Kluck habría podido rechazar rápidamente a Manoury y cerrar la brecha entre sus divisiones y las de von Bulow, brecha por la que French penetró a la cabeza de los británicos... Pero los pueblos de la Prusia de más allá del Vístula, que la caballería

cosaca inundaba con sus *sotnias*, pedían socorro. Y el Gran Estado Mayor alemán consideró indispensable prestárselo. Ganó, gracias a ello y a la traición de Rennenkampf, la batalla de Tannenberg. Pero perdió la del Marne y con ella la guerra.

Por segunda vez, según siempre el aludido crítico germano, Franco, en esta lucha española, desdeñó el cuerpo por su sombra, como dicen los franceses. ¿Por segunda vez, tan solo? La historia de sus faltas militares es mucho más extensa. Algún día la haremos.

Mas, ¿por qué Franco se revolvió sobre Teruel con sus unidades de choque? Sencillamente, porque temía que una retirada en el Bajo Aragón, no ya desmoralizase más de lo que lo estaba su desconcertada y anárquica retaguardia, sino que repercutiera trágicamente para su prestigio, más allá del Pirineo y de las aguas jurisdiccionales.

Si hubiera recobrado Teruel y libertado los restos de su guarnición, aunque hubiese retrasado su gran ofensiva, podría cantar victoria a los ojos del público ignorante, que no aprecia sino la parte externa del espectáculo. Pero fué batido. Rindiéronse los últimos defensores de Teruel y no rompió las líneas sitiadoras republicanas. Su fracaso ha sido doble.

Seguramente, a estas horas se preguntan en Roma y Berlín si Franco merece nuevos envíos de hombres y material...

F. V.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

La fiesta de la maternidad y de la infancia en Italia

Roma, diciembre. Han terminado las ceremonias relativas a la «Jornada de la Madre y del Niño». En el palacio de Venecia fueron recibidos 94 matrimonios, elegidos entre los que tienen más hijos; se organizó una función en el Teatro Adriano, y, después, un desfile; 90 madres que dieron a luz dos gemelos este año recibieron un premio, y seis familias de Roma compuestas de gran número de personas obtuvieron como regalo un piso.

Apenas cayó, por decirlo así, el telón sobre estas ceremonias, cuando comenzaron de nuevo en las columnas de los periódicos las lamentaciones por la disminución de los matrimonios y de los nacimientos.

El médico pediatra Spolverini, profesor de la Universidad de Roma, señala esta disminución en un artículo que publica el «Giornale d'Italia» y observa que sólo en el primer semestre de este año, en el aumento natural de la población se registra un descenso de 31,115 individuos, en comparación con el correspondiente período del año pasado, y que el exceso de los nacimientos sobre las defunciones disminuyó del 9,5 al 8 por mil.

EL AUMENTO DE LA MORTALIDAD

El autor señala que esta disminución de la población es debida no sólo al menor número de nacimientos (los nacidos vivos en el primer trimestre 1937 fueron 3,159 menos que en el período correspondiente 1936, por lo cual el promedio de natalidad ha descendido del 23,1 al 22,8 por mil), sino también al mayor número de defunciones. Estas, en efecto, en los primeros seis meses del año 1937, superaron en 27,956 a las de la misma época de 1936, por lo cual el promedio de la mortalidad ha aumentado del 13,6 al 14,8 por mil.

El mismo profesor afirma que esto no es debido exclusivamente a la epidemia de gripe que hubo en enero y febrero, ya que se registró el mismo fenómeno en los meses de verano, o sea en una época en que la epidemia había cesado.

Por consiguiente, parece lógico deducir que disminuye la resistencia física de la población a las enfermedades, ¿y de qué otra cosa puede depender esto si no del descenso del nivel de vida de los italianos?

Publicamos a continuación un cuadro estadístico en el que se

confrontan los datos relativos al movimiento natural de la población en el período 1919-1921 (término medio) y en 1936:

	Matrim.	Nacim.
1919-21	422,364	1.015.668
1936	316.514	962.676

El porcentaje de nacimientos por 1000 mujeres de 15 a 45 años de edad (media anual) es el siguiente:

1920-22	163,7
1930-32	110,2

La diferencia es aún mayor si se tiene en cuenta que en el año 1921 la población italiana era de cerca de 38 millones de habitantes y en 1936 de 42 millones.

EL PORQUE DE ESAS DISMINUCIONES

Como pueden comprobar nuestros lectores, en el período inmediato al término de la guerra, las cifras relativas a los matrimonios y a los nacimientos fueron mucho más elevadas que las actuales. Sin embargo, entonces no se hablaba de «campaña demográfica», ni se concedían premios a los nuevos matrimonios, ni había fiestas ni regalos.

Pero existía una cosa que hoy falta por completo: bienestar, confianza de las masas populares

UNA NOTA OFICIAL FRANCESA

Ni gran número de bajas de voluntarios franceses en Teruel..., ni operaciones dirigidas por militares de la vecina República

Rectificación solemne a ciertas informaciones de periódicos

París, 12. — El Ministerio de Negocios Extranjeros publica el siguiente comunicado:

«Con referencia a los asuntos de España, ciertos diarios extranjeros han publicado recientemente una serie de informaciones, totalmente inventadas, según las cuales el número de bajas que habían sufrido ante Teruel los voluntarios de nacionalidad francesa que militan en las filas gubernamentales, era muy elevado. Esta afirmación se desmiente por sí misma a causa de su propia exageración. Además, se ha querido dar a entender que las operaciones gubernamentales ante Teruel habían sido dirigidas por militares franceses.

«El Ministerio de Negocios Extranjeros desmiente de la manera más categórica todas estas informaciones.» — Fabra.

en el porvenir, inmensa esperanza de liberación social y de paz.

¿No es humano que la juventud piense en construir un hogar? Este era el pensamiento de la juventud de la post-guerra; las cifras lo demuestran. ¿Pero, cómo puede hoy un joven trabajador pensar en casarse, si tiene ante sí el fantasma del paro, si a los 25 años, cuando tiene la suerte de trabajar, recibe paga de aprendiz?

En general, no hay familia que no sienta el deseo de tener hijos, pero sólo cuando existe la posibilidad de mantenerlos, de darles una infancia feliz y un porvenir. ¿Pero, cómo se puede dar hijos al mundo para que sufran hambre y que cuando lleguen a ser mayores el Estado los sacrifique en la guerra?

No hay duda de que la causa de la disminución de los nacimientos es, ante todo, la miseria, la inseguridad y, lo que es peor aun, la perspectiva hostil del porvenir, la misma odiosa propaganda demográfica hecha en período de miseria con fines de guerra y de carnicería imperialistas.

REMEDIOS INÚTILES

Es un hecho que el fenómeno doloroso del aborto está en aumento en comparación con los años de la post-guerra. Ninguna persona honrada y sincera puede contener su repugnancia ante el celo hipócrita y la falsa indignación de los órganos y de la prensa del régimen contra aquellos que aparecen como responsables de las prácticas abortivas.

Pero el fenómeno no puede reducirse con la represión. La represión misma es injusta en la misma medida en que el régimen no sólo no se preocupa por elevar el nivel de vida de la población, sino que lo rebaja cada vez más.

¿No es acaso odioso establecer el impuesto de soltería para los jóvenes, haciéndoles responsables

de permanecer en un estado, que, en otras circunstancias, se considerarían felices cambiándolo?

El mencionado pediatra concluye su artículo afirmando que la disminución de nacimientos «es un fenómeno que se puede llamar voluntario y contra el cual se debe reaccionar enérgica y conscientemente».

Es deplorable que los hombres de ciencia no se atrevan a afirmar lo que está en el pensamiento de todos, a saber, que la causa de la disminución de nacimientos y del aumento de la mortalidad, con todas las consecuencias que se derivan de ello, reside en el régimen de miseria que se impone al pueblo italiano.

Es la miseria lo que envenena todas las alegrías más puras: Sólo librándose de la opresión podrá vivir el pueblo.

(«La Voce degli Italiani», 28-XII-1937.)

Los «nazis» derrotados por los trabajadores en una votación

(De nuestro corresponsal particular):

París, lunes. — Por primera vez desde la implantación de la dictadura de Hitler, hace cinco años, los trabajadores alemanes han demostrado, en votación secreta, su hostilidad al régimen nazi.

Las autoridades nacional-socialistas y los directores de las minas de la cuenca del Sarre trataron, la semana pasada, de persuadir a los mineros de que era un «deber nacional» trabajar durante tres domingos de enero para compensar así el tiempo perdido durante las Navidades.

Pero los trabajadores pidieron que se sometiese a votación la propuesta. Cuando se hizo el recuento de los votos, se vió que de 43.000 mineros, 40.000 votaron «¡NO!».

(«Daily Herald», 11-I-1938.)

El episcopado español y la guerra civil

Por LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

IV Los hechos y la justificación de la beligerancia

Anteriormente, dando por aceptados todos los hechos, tal como los consigna la Pastoral, se consideró la cuestión relativa a la justificación doctrinaria de la actitud de beligerancia adoptada por el Episcopado español. Procede ocuparse, ahora, en detalles de los hechos cuyo mérito se invoca para aplicar la doctrina de los moralistas, en orden al derecho de resistencia al poder civil; y considerar, también, si esos hechos pueden justificar la trágica matanza que se realiza en España y la destrucción de sus riquezas de todo orden, que son el único resultado indiscutible de la rebelión que cuenta con el apoyo del Episcopado.

El primero de los hechos que demostraría la necesidad y la justicia de destruir el Gobierno republicano que el pueblo se había dado libremente, está constituido por la legislación sobre expropiación de bienes religiosos y sobre la situación de las Congregaciones ante el derecho nacional español.

Estas leyes fueron dictadas en el comienzo de la República y, aunque naturalmente provocaron protestas en los círculos religiosos, el conflicto no había alcanzado mayores proporciones, y poco tiempo después la Iglesia, según lo expresa la Pastoral, «se puso al lado de los Poderes constituidos, ajustándose a las tradiciones de la Iglesia y normas de la Santa Sede». En efecto, en aquella época el Episcopado decía, en Pastoral de 20 de diciembre de 1931: «La Iglesia, custodia de la más cierta y alta noción de la soberanía política, puesto que la hace derivar de Dios, origen y fundamento de toda autoridad, jamás deja de inculcar el acatamiento y obediencia debidos al Poder constituido, aun en los días en que sus depositarios y representantes abusen del mismo en contra de ella, privándose, de esta suerte, del más poderoso sostén de su autoridad y del medio más eficaz para obtener del pueblo la obediencia a sus leyes. Con aquella lealtad, pues, que corresponde a cristianos, los católicos españoles acatarán el poder civil en la forma con que de hecho exista, y dentro de la legalidad constitucional practicarán todos los derechos y deberes del buen ciudadano.»

En consecuencia, estos hechos estaban finiquitados y aceptados como un mal menor y se había dado la orden de acatar. Es poco explicable, pues, que ahora se dé la orden de atacar invocando como antecedentes justificativos de la rebelión aquellos hechos. Esta actitud contradictoria hace pensar que cuando la Iglesia española «se puso al lado de los Poderes constituidos», lo hizo sin la correspondiente lealtad y alimentando en secreto el deseo de derribar a esas autoridades cuya legitimidad parecía aceptar. Por otra parte, las leyes señaladas no autorizan en modo alguno la revancha de una rebelión, pues se han dictado leyes semejantes en muchos países y en distintas épocas de la historia sin que se haya visto en ello una justificación de matanzas y destrucciones.

Debe también precisarse si esas leyes fueron dictadas con un mero propósito de persecución o si su adopción obedeció al interés común. Para esta apreciación no debe olvidarse que la Iglesia era un organismo político en la vida de la monarquía española y que se vinculó a ella de una manera muy estrecha. Dentro de esta innegable realidad, la ex-

pulsión de la monarquía y las medidas de coerción contra ella y la expulsión de las Congregaciones y confiscación de sus bienes no son otra cosa que dos aspectos de un mismo proceso de liberación política. La responsabilidad de esta vinculación entre monarquía e Iglesia no recaía seguramente sobre los que llegaban al Poder con la República.

La confiscación de bienes no fue tampoco una medida estrictamente contra la Iglesia, puesto que se hacía absolutamente necesario modificar el defectuoso régimen de propiedad que existía desde largos años y que causaba el empobrecimiento general de la economía española.

En general, todas las medidas de que resultó víctima la Iglesia en España tienen una finalidad política esencial y directa. La República estaba sólo interesada en destruir un sistema político anticuado y rechazado por la gran mayoría de los ciudadanos. La Iglesia no padeció en momento alguno una persecución religiosa, sino una persecución política igual a la que experimentaban los grupos políticos afectos a la monarquía y responsables de sus errores. No puede llamarse irreligiosa, o animada de espíritu antirreligioso, a una República presidida por un católico como Alcalá Zamora.

Si el pueblo en revuelta asesinó sacerdotes, no lo hizo porque estos eran religiosos, sino porque habían dejado de serlo para transformarse en sus adversarios políticos, posición en la cual no podían aspirar a ninguna inmunidad. Esos muertos deben cargarse en cuenta más a la errónea política de las autoridades religiosas de España que a los individuos que materialmente las ejecutaron. La Iglesia tenía la obligación de saber separar dentro de la vida española lo que correspondía a Dios de lo que correspondía al César.

En el año 1923 había en España 41.107 edificios destinados a servicios religiosos (catedrales, conventos, capillas parroquiales, etc.), cifra ésta que, en realidad, debía ser mayor, puesto que, según la misma estadística, faltan en este cálculo datos de varios puntos importantes. Si a esta omisión de la estadística se añade el natural crecimiento de estos servicios en un período de trece años, no es absurdo estimar que el número de edificios religiosos en el año 1936 llegaba a 45.000. Pues bien, la Pastoral manifiesta que desde febrero a julio de 1936 fueron destruidas 411 iglesias. Aceptando esta cifra, falta todavía, para apreciar la entera verdad, establecer cuál fue el grado de destrucción de esos edificios, si fueron destruidos deliberadamente o si resultaron destruidos como consecuencia de luchas y en el curso de ellas. Pero aun aceptando la peor de

El falso pacifismo de Hitler

El diputado radical-socialista León Archimbaud, que forma parte de la comisión del presupuesto de Guerra, publica en «L'Œuvre» un artículo sobre las relaciones franco-alemanas y la propaganda de Hitler, en el que pone de relieve la poca confianza que merece el Tercer Reich:

«De cuando en cuando, se plantea la cuestión de cuáles serán las verdaderas intenciones de Alemania: ¿Quiere guerra o quiere paz?»

Muchas veces me he preguntado cómo es posible que exista aún alguna duda sobre el parti-

A un artista que recibió el encargo de hacer un cuadro monumental del 3 de enero de 1938, le fue fácil dividir el lienzo en dos partes, al estilo de los primitivos. A un lado dejó la luz del discurso de Roosevelt en Washington y al otro el contraste de las tenebrosas declaraciones del ministro del Interior del Japón, almirante Suetsugu, de la ambición nipona demostrada por la frase «El Oriente para los japoneses» y la no disimulada amenaza de guerra contra Inglaterra.

En un solo cuadro junta las dos invencibles oposiciones, representadas por las fórmulas Democracia y Dictadura, que por la voluntad de la una y en contra de la voluntad de la otra conducen a la descomposición común. El presidente de los Estados Unidos insiste en su mensaje en la política que se ha impuesto hace unos meses. Roosevelt cree que es su deber decir a sus compatriotas que los acontecimientos de los demás continentes les afectan también a ellos y que la nación americana no podrá ser libre si los demás países caen en la esclavitud. El lenguaje de los políticos americanos — podemos decirlo muy alto — es más claro y más enérgico que el de sus colegas europeos. Roosevelt no se ha recatado de achacar a los regímenes totalitarios la responsabilidad de la inquietud que existe en el continente por el peligro de guerra, añadiendo que la seguridad de la paz depende de las Democracias. Como antítesis a las declaraciones de Mussolini en Berlín que terminaron con la promesa de que en el año 1938 vencería el fascismo, el Presidente americano dió fin a la parte de su discurso referente a política exterior, diciendo que tenía entera confianza en el triunfo de las Democracias, las cuales en lo futuro labrarán el bienestar de los pueblos. Aclarar y avisar son los dos fines que persiguen las palabras de Roosevelt. Aclarar en el interior y avisar en el exterior. Hasta hace poco, la burguesía americana creyó que en su país no volvería a repetirse la situación de la guerra mundial y que lo único que había que hacer en una próxima conflagración era quedarse fuera de ella.

Este criterio dió origen a la política de absoluta neutralidad. Ha sido un bien para el Presidente americano el haber aprendido de los acontecimientos. Al comunicar su nueva visión de la realidad a su país, ha demostrado ser un antidoctrinario

las situaciones, puede notarse que el número reducido de edificios destruidos, frente al número total, no permite establecer la existencia de un espíritu preconcebido antirreligioso.

La Pastoral manifiesta que en el curso de la guerra se han destruido 20.000 iglesias. Es indudable que en esta destrucción han colaborado con una eficacia innegable, no sólo las fuerzas de Franco, sino también los ejércitos regulares de Italia y Alemania. Pero aun cargando a la cuenta de los gubernamentales toda esa destrucción, ella no puede servir para justificar la rebelión, puesto que ha sido posterior al estallido de la revuelta. Además, estos antecedentes sirven para demostrar que habría sido un mal menor soportar los sucesos que se desarrollaron desde febrero de 1936 y haber procurado buscar el mejoramiento de la situación por otra vía menos aniquiladora e injusta.

(«La Hora». Santiago de Chile 12-11-37)

Discursos y armamentos

Por MANUEL HUMBERT

y empírico hombre de Estado. Trata de hacer comprender a sus conciudadanos los peligros que en esta época transitoria a todos amenazan y vencerlos de que no viven en una isla desierta donde podrían permanecer alejados de la realidad del resto del mundo.

Los sucesos de China y, principalmente, el incidente del «Panay», cuya película ha sido proyectada en miles de cines de los Estados Unidos como campaña contra la política de neutralidad, ha producido en los expectadores un efecto imprevisto. En los burgueses americanos se ha operado un cambio radical. La sensación de correr la misma suerte que las naciones europeas y de que los Estados Unidos contesten a la fuerza con la fuerza sigue tomando incremento. El mismo señor Rudolf Kircher, del «Frankfurter Zeitung», que fué enviado a Norteamérica como periodista espía, tuvo que confesar con tristeza: «En caso de guerra europea, no sólo sería probable que Inglaterra contase con la simpatía de los Estados Unidos, sino también con su ayuda.»

El mensaje de Roosevelt contribuye además a anular el proyecto de ley presentado por Ludlow, según el cual debía preceder una consulta popular a toda declaración de guerra, y también a que se comprenda la necesidad de los futuros planes de armamento.

¿Pero cómo se ha interpretado el aviso en el exterior? ¿Lo han oído las dictaduras o tendrán que experimentarlo? Se ha visto en los últimos tiempos que las palabras no han servido para volverlas a la razón ni siquiera de una manera pasajera. Esos procedimientos son inútiles.

El almirante Suetsugu ha dicho en su amenazador discurso que, de acuerdo con el Plan Ianaka, de triste recuerdo, se llevaría a cabo una coalición, pero, en realidad, de lo que tratan el Japón y sus cómplices es de procurar la descomposición del enemigo para debilitarlo. En contra de esto, se ha dicho ahora tan poco como en otras ocasiones. La debilidad está en la política de paz de las Democracias. Pierden el tiempo hablando y lo que falta ahora es la organización activa y la unión práctica de las naciones amantes de la paz. La férrea muralla defensiva que habrá de construirse evitará que las palabras se conviertan en humo.

(«Pariser Tageszeitung», 5-I-1938.)

«Después de pasar unos días en el frente de Teruel insistió en marcharme de España»

Copiamos del «Diario de Burgos» (8-I-38):

«De vuelta del frente, hemos conversado un momento con el eminente charlista García Sanchíz, que ha estado varios días en las vanguardias turolenses junto con el general Aranda.»

A través de lo que él llama sus «revelaciones íntimas» véase cuál ha sido el efecto que ha causado a Sanchíz su visita y cuál su inmediata determinación.

Habla Sanchíz:

«Después de pasar unos días en el frente de Teruel, insisto en mi propósito de marchar a América. Estoy encantado del público y de las ciudades por donde paso, donde únicamente recibo muestras de simpatía y de afecto. Pero... insisto en marcharme.»

egoístamente todas las posibilidades de expansión? Esta propaganda antifrancesa y este afán de hundir a la Democracia no prestan ningún servicio a la paz. Lo más triste es que nuestros oídos lo creen. La lectura de un pequeño libro de Víctor Margueritte, publicado recientemente, me lo demuestra con claridad... Son de sobra conocidas las ideas humanitarias de Víctor Margueritte. No encuentro en el análisis que hace de la situación internacional y de la política francesa la razón de que vea una incompreensión entre los pueblos alemán y francés, mientras reconoce en principio el pacifismo nacional-socialista. Si Víctor Margueritte cree que las intenciones pacifistas del canciller del Reich reveladas en 1933 se han convertido en realidad, nosotros lo ponemos sistemáticamente en duda. Víctor Margueritte se esfuerza, además, por demostrarnos que es una ingenuidad por parte de Francia proteger a los pequeños Estados

que a causa de la guerra se engrandecieron, como Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Yugoslavia. Nosotros, los republicanos, no creemos en el mérito civilizador de una enseñanza que se apoya en la diferencia de razas, en el egoísmo de un partido, en el falso concepto del capitalismo, unas veces despreciado y otras venerado. Nos parece que esa mística está en oposición con la libertad de los pueblos balcánicos, los cuales no han insistido en su independencia para ser anexionados a la dictadura de Berlín. Tampoco creemos que la insensante propaganda hecha en Europa por el nacional-socialismo vaya encaminada a entablar relaciones comerciales y culturales, sino que más bien trata de formar un círculo de naciones adictas a Alemania para, en un momento dado, dirigirse hacia el Este, y servir así los intereses imperialistas.

(«Pariser Tageszeitung», 1-I-1938.)

NOTA INTERNACIONAL

El fruto de la No Intervención

Varios aspectos de la actualidad internacional nos interesan hoy especialmente, por afectar a la guerra española. En primer lugar, consignemos que el Comité de No Intervención sale de su catalepsia para intentar el examen de algunas cuestiones sobre las cuales ya nadie discute en serio. El control, la retirada de los voluntarios, los derechos de beligerancia para Franco son temas que han quedado al margen del interés público. Han sido tantas las burles, las falsedades, los sarcasmos que han amontonado los diplomáticos sobre nuestro problema, que ya nadie piensa en que éste pueda ser tratado en serio por los delegados de Londres. El tiempo se ha encargado de revelar a la faz del mundo lo que había por debajo de la «neutralidad» europea: el deseo de no complicarse en un conflicto de fuerte repercusión internacional, aunque esa política favoreciese a Franco con perjuicio de la legítima causa de la República española.

Los intervencionistas pensaban, tras las infracciones flagrantes de la No Intervención, que Franco, ayudado por ellos, lograría la victoria en plazo breve. Los verdaderos neutrales se tomaban tiempo para observar el desarrollo de los acontecimientos. La República, rodeada de dificultades, dió a todos cumplida respuesta: triunfó sobre el bloqueo que le impedía recibir libremente las armas; detuvo a los invasores, aun cuando ensayaban los mejores armamentos, y venció en Teruel, como antes en el Jarama, en Pozoblanco y en Guadalajara, a los supuestos «voluntarios» italo-alemanes. Mussolini, acuérdele o no el Comité, tiene que retirar sus voluntarios; pero tiene que retirarlos al cementerio y al hospital. Tal ha sido el resultado de todos los manejos, dilaciones y polémicas que se han opuesto en el orden internacional a los derechos del Gobierno legítimo de España.

Pero después de diez y ocho meses de No Intervención, se ve más claro que nunca que la cuestión no nos afecta a nosotros solamente. Ha sido necesario todo ese tiempo para que la opinión democrática se diese cuenta que la acción del fascismo internacional en España no es otra cosa que el exponente trágico de un vasto plan de ataque contra los principios políticos que presiden la autodeterminación de los pueblos. Fue precisa la

experiencia dolorosa de nuestra lucha y necesario el sacrificio de España para que las democracias viesen el verdadero rostro de los agresores enmascarados durante largo tiempo en los buenos modales diplomáticos. La piratería en los mares libres, la agresión a China, las maniobras contra Francia e Inglaterra en Africa y en el Próximo Oriente, los turbios manejos fascistas en la Europa Central, el *complot* contra la Sociedad de Naciones, la conjura contra el Gobierno del Frente Popular francés: todo eso ha servido para aleccionar a ciertos países contra los cuales se encamina la acción violenta del fascismo.

Ahora mismo, el ministro del Interior francés acaba de denunciar el *complot* contra el Estado que los conspiradores del «Csar» desenvolvían por medio de atentados a fin de provocar la guerra civil. Las armas de los «cagoulards» eran de procedencia alemana e italiana. Dos de los conspiradores se entrevistaron con Franco y tenían relación directa con los agentes facciosos, incluso con ese comandante Troncoso que está en poder de la policía francesa desde hace algunas semanas. La guerra española se aprovechaba, pues, para atacar también a Francia, no sólo en sus centros vitales de Africa y del Pirineo, sino en el interior del país, donde los conjurados recibían el auxilio del fascismo extranjero. Los hechos son tan evidentes que ni siquiera la prensa nacionalista francesa se atreve a disminuir su gravedad. Y todo eso ha sido consecuencia directa de la política de No Intervención, porque mientras se exigía al Gobierno del Frente Popular francés que no interviniese en favor de los republicanos españoles, reaccionarios franceses y españoles se entendían para atacar con las mismas armas a los dos gobiernos legítimos.

Por eso las izquierdas francesas han pensado ya en que termine de una vez la farsa de la No Intervención, que, como ha dicho un diputado británico, «está ya durando demasiado». No es sólo un ataque injusto e inmoral al legítimo Gobierno de España; es una criminal explosión de odio del fascismo internacional contra las democracias. Si el Parlamento francés no recoge las enseñanzas de esta etapa vergonzosa de su política exterior, habrá lanzado a Francia a un desastre que también sufrirán sus aliados europeos.

¡Hay que apresurarse a combatir también en Francia la T. S. H. italiana!

La actividad radiofónica de Mussolini no conoce límites. Ya se sabe cuán escandalosa es la propaganda que hacen las emisoras italianas en los países árabes. Esa misma organización actúa al presente en la Europa Oriental y, en particular, en Rumanía. Sorprendimos ayer una emisión italiana en rumano, de la cual lo menos que se puede decir es que era de una perfecta mala fe. El *speaker* fascista anunciaba, entre otros cumplidos, que París estaba en completa revolución, que la huelga de la alimentación tenía hambrienta a la capital, que escaseaba ya la leche hasta para los niños y enfermos, que la policía había sido desbordada y que las calles comenzaban a agitarse, etc. Omitimos otras cosas, las mejores.

La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿Existe en el Quai d'Orsay un organismo encargado de vigilar las emisiones de las radios extranjeras? Toda propaganda puede ser contrarrestada. Y ésta debe serlo inmediatamente. Y con toda energía. Publicar informaciones exactas sobre el triste estado económico en que se debate el fascismo no debe ser cosa más difícil que publicar noticias falsas sobre disturbios en París.

(«L'Ordre», 7-I-1938.)

se, ya que no había podido impedirlo. A fines de septiembre, Mussolini emprendió el viaje a Berlín para subrayar mejor la subordinación de su política a las directivas del pangermanismo hitleriano. «Europa — declaró en su discurso del 28 de septiembre — será mañana fascista por el desarrollo lógico de los acontecimientos». Y concretó que «la afinidad de ideas italo-alemanas había encontrado su expresión en la lucha contra el belchevismo». Sobre este mismo tema, pronunció otro discurso en Roma, el 28 de octubre, con motivo de la conmemoración del XV aniversario de la marcha sobre Roma, al cual siguió una serie de actos, todos dirigidos hacia la preparación de la guerra. El 19 de octubre, el gobierno votó el impuesto extraordinario del 10 por 100 sobre el capital mobiliario de las sociedades por acciones (ya había sido gravado ese capital, el año anterior, en un 5 por ciento), al mismo tiempo fueron condenados en Roma, por el Tribunal especial, a penas que oscilaban entre 2 y 18 años de reclusión, un grupo de intelectuales de Milán y varios obreros, agricultores y pastores de diversas regiones. Mientras tanto, el fascismo continuaba enviando tropas a Libia, creando allí un cuerpo autónomo susceptible de constituir una amenaza tanto para Egipto como para Túnez, en donde la Ovrá opera como en territorio conquistado, y las provocaciones fascistas llegaron al máximo, en meses anteriores, con el asesinato del antifascista Miceli.

El 6 de noviembre se firmó en Roma el protocolo italo-alemán-japonés, en virtud del cual Italia entró «a formar parte del acuerdo contra la Internacional Comunista», acusada de «poner constantemente en peligro al mundo civil en Occidente y en Oriente, perturbando la paz y el orden». Con el acuerdo aparentemente anticomunista, pero dirigido en realidad contra todas las democracias y contra el derecho de los pueblos, el fascismo internacional llegó a la conclusión lógica de su política de provocaciones, constituyéndose en una nueva Santa Alianza violentamente opuesta a la voluntad progresista de los pueblos. La salida de Italia de la S. de N., anunciada por Mussolini el 11 de Diciembre, fué el corolario lógico de la adhesión italiana al pacto germano-japonés. En diciembre, el fascismo envió al duque de Aosta a Abisinia como virrey (organizando en torno a este príncipe una publicidad que probablemente no es ajena a la voluntad de imponerlo como su-

cesor del rey Vitorio); Mussolini asumió el Ministerio del Africa italiana; todas las organizaciones juveniles se fundieron en una nueva organización de guerra que se llama la juventud italiana del Littorio; y el Comité central de las Corporaciones, que desde fines de octubre ejercía funciones de comisión suprema de la autarquía, tomó una serie de medidas tendientes a hacer aún más onerosas las condiciones de vida del pueblo.

Todos los acontecimientos que recordamos sumariamente en este artículo están ligados entre sí por un lazo indisoluble. Si, durante un largo período, el fascismo dió la impresión de improvisar, en estos últimos tiempos ha concretado su tendencia: una política de guerra. Esta política tiene como contraste la miseria del país, la expoliación de la media y pequeña burguesía en favor de una nueva oligarquía del «littorio» y de las jerarquías «squadristiche», la opresión de las masas populares. Esta política prepara una catástrofe a fondo. Es la existencia misma del país lo que pone en peligro la política del fascismo, el cual será el cáncer roedor de Italia y de Europa en una medida no prevista. Las masas advierten el peligro, y el síntoma más consolador de 1937 fué el despertar vigoroso de las fuerzas del progreso, de la libertad y de la paz dentro del país y en las esferas internacionales, la tendencia a la unión de todas las fuerzas y de todos los intereses amenazados por el fascismo, unión que anuncia para pronto la hora en que la voluntad de los pueblos triunfará de la política criminal de Mussolini y de Hitler.

PIETRO NENNI

(«La Voce degli Italiani», 1-I-38.)

Los facciosos fusilan, con una ametralladora, a dieciocho muchachos de 18 a 20 años que se negaron a delatar a sus novios

Frente del Este, 11. — En el día de hoy se han presentado por este frente 57 evadidos. Entre ellos había gallegos, andaluces, asturianos, vascos, extremeños y canarios. Un sargento de ametralladoras ha manifestado que el jefe de su Brigada, teniente coronel Molina, fusiló en un pueblo asturiano, junto a las tapias del manicomio, a dieciocho muchachos de 18 a 20 años, por negarse a declarar dónde se encontraban escondidos sus novios. Los fusilamientos los organizó el propio Molina, con una ametralladora.

(«El Día Gráfico». Barcelona, 13-I-1938.)

FASCISMO 1937

El año 1937 vió exasperarse en nuestro país todas las tendencias nocivas del fascismo: autarquía, guerra y terrorismo. Lejos de «normalizarse» el fascismo — en los límites de sus medios que no son, desgraciadamente, despreciables — se ha hecho más intolerante y más belicoso. El año empezó con el «gentlemen's-agreement» italo-inglés que parecía ser el preludio de un sistema pacífico entre la Gran Bretaña e Italia, pero que no tuvo ningún efecto, como lo demuestra la carrera de los armamentos.

Pero sigamos los acontecimientos del año. El más importante de ellos es, naturalmente, la intervención del fascismo italiano en España y la heroica resistencia del pueblo español contra el ataque del fascismo internacional.

Del 7 al 8 de febrero cayó Málaga, y el fascismo romano dió a entender discretamente que la acción de los legionarios de Mussolini había sido decisiva en las operaciones de ataque contra la ciudad mediterránea. Algunos días después (el 19 de febrero), el atentado contra el virrey Graziani, en Addis Abeba, seguido del asesinato de 500 indígenas, atrajo la atención de la opinión popular hacia Abisinia, conquistada, pero no pacificada. El primero de marzo se reunió en Roma el Gran Consejo fascista y decidió la militarización total de

la nación y la subordinación de la economía a las exigencias de la guerra (autarquía a fondo). El 10 de marzo, Mussolini marchó a Libia para seguir manteniendo la atención del país en los problemas coloniales y africanos. Pero, repentinamente y de manera desagradable, hubo de interrumpir su viaje al saber que las tropas legionarias enviadas por él a España para ocupar Madrid habían sido batidas ruidosamente en Guadalajara por el ejército republicano con la colaboración del Batallón Garibaldi. La noticia de este acontecimiento provocó en Italia enorme agitación, que fué ahogada por el fascismo con represiones terroríficas (detenciones en masa, reaparición del torniquete, etc.) y con la movilización pública del fascismo en torno a la intervención en España como empresa de carácter nacional. (La prensa fascista empezó entonces a publicar listas y fotografías de los muertos en España, mientras el fascio organizaba manifestaciones conmemorativas, misas, descubrimientos de lápidas, etcétera). El antifascismo, sensible a sus deberes, respondió al reto intensificando la agitación interna contra la intervención (lo cual dió lugar en abril a una larga serie de detenciones) y la lucha en los campos de batalla de España, transformando en brigada al batallón Garibaldi.

El 2 de abril murió en Italia

Gramsci, jefe del partido comunista, que fué detenido en noviembre de 1926 y asesinado al cabo de diez años de reclusión. En mayo se acentuó la tensión italo-inglesa, y Mussolini hizo que regresaran a Italia los periodistas que tenía en Londres. El 9 de junio, los hermanos Carlo y Nello Rosselli fueron asesinados en Bagnole con puñales fascistas. El 23 de junio, el fascismo se retiró del control naval de las costas españolas y decretó la intervención del Gobierno en las industrias siderúrgicas. (No hago mención en este artículo de la parte tomada por el fascismo en la tragicomedia de la no-intervención.)

De junio a julio, fueron botados los dos superacorazados de 35.000 toneladas: «Littorio» y «Vittorio Veneto». En agosto, Mussolini fué a Sicilia para presenciar las maniobras navales, y su viaje coincidió con el recrudescimiento de la piratería en el Mediterráneo, que provocó la protesta de España y Turquía y la denuncia (el 5 de septiembre) de la U. R. S. S. El 9 de septiembre, Mussolini y Hitler trataron de sabotear la conferencia convocada en Nyón para poner fin a la piratería, rehusando unirse a los esfuerzos de las demás potencias. Pero la conferencia se reunió, sin embargo (el 10) y terminó sus trabajos a fin de mes con un acuerdo, al cual Mussolini se decidió a adherir-

Carta abierta al director del "Daily Telegraph and Morning Post"

Señor:

En el número de su diario correspondiente al día 8 de este mes se publica una crónica de su corresponsal especial en el frente de Levante que da cuenta exacta de la brillante victoria republicana en aquel sector. Pone de relieve que:

«Es interesante observar que la toma de Teruel y su defensa contra dos enormes contraataques han sido llevadas a cabo exclusivamente por tropas españolas, sin intervención de la Brigada Internacional.»

Su corresponsal, que estaba en aquella ciudad durante las operaciones, vió sin duda que en ellas participaron sólo fuerzas españolas; y como es un enviado suyo y usted publica su trabajo, es de suponer que le merece crédito.

Sin embargo, en su número del día 10, publica usted un telegrama, enviado desde San Sebastián por su corresponsal especial en territorio faccioso, que dice:

«Un comentarista rebelde observa que las fuerzas enemigas de Teruel están compuestas de un 40 por 100 de judíos, negros, americanos y checos; otro 40 por 100 de afiliados a los sindicatos, y un 20 por 100 de comunistas y socialistas.»

¿Se publicó esta información de su corresponsal especial en «San Sebastián», que simplemente transmite manifestaciones hechas por un comentarista rebelde para desacreditar la información de su enviado a territorio leal?

Probablemente habrá usted leído la declaración de Ernest Hemingway a un periodista de «Ce Soir», según la cual sólo tropas españolas tomaron parte en las operaciones de Teruel. Naturalmente, Ernest Hemingway ha sido desde el principio partidario del Gobierno español y del pueblo español — como lo han sido todos los hombres honrados del mundo —. Y es evidente que un hombre de su integridad no haría esta declaración en el extranjero caso de no ser absolutamente verídica.

No es posible que un periódico que goza de tanto prestigio como el que usted tan dignamente dirige, pueda convertirse, a sabiendas, en instrumento de propaganda facciosa. Creo que sólo por error ha podido su diario ser víctima de la propaganda que los rebeldes españoles lanzan al exterior.

X. X.

Barcelona, 13-I-1938.)

¿Por qué tantos barcos?

¿Contra qué quiere defenderse Italia?

La Italia arruinada acaba de decidir la realización de todo un programa naval, con objeto de garantizar su seguridad.

Como es natural, en Londres se declara que esto obliga a las demás Marinas a realizar un esfuerzo paralelo. Y no hay motivo para que esto acabe...

Pero hoy sólo queremos hacer algunas observaciones al concepto de la «seguridad» que lleva a Mussolini y a Gayda a planear la construcción de una cifra astronómica de unidades.

Para explicar esto, emplean casi el mismo razonamiento que Eugene Deloncle para justificar sus reservas de armas:

— ¡Queremos defendernos! Pero, ¿contra qué quiere defenderse Italia?

¿Contra una amenaza francesa? ¿Pero es que nosotros no somos ya esa vieja nación «charta», que podría a lo sumo defender su posición, pero que es incapaz de pensar en quitar nada a los demás?

¿Contra Inglaterra? Nadie piensa en Londres en reducir a Italia a la esclavitud. Lo único que interesa allí es conservar la libertad de las comunicaciones mediterráneas.

¿Contra Yugoslavia? ¿No está ya todo definitivamente resuelto entre las antiguas rivales del Adriático?

¿Contra el viejo imperio austro-húngaro? ¿Pero si quedó demolido en 1918!

¡Ah! Queda un gran peligro para Italia: el único peligro directo. El de Alemania, la cual, gracias al Anschluss (que, al fin y al cabo, tiene un interés vital para nosotros), podrá reforzar la presión germánica y reivindicar las provincias alemanas del Trentino y el puerto de Trieste.

Pero como no es en el mar donde Alemania tratará de conquistar

todo esto, no se comprende a qué puede responder el agobiador programa naval italiano.

A no ser que también en este caso se trate de algo más que la seguridad y autodefensa.

(«L'Oeuvre», 9-I-38.)

EL KULTURKAMPF NAZI

Un comentario nacionalsocialista a la reciente alocución pontifical

El primer comentario publicado en Alemania acerca de la reciente alocución del Papa a la cristiandad aparece en el «Angriff» bajo el título: «¿Conservará la Iglesia católica sus derechos especiales en Alemania?». El periódico, repitiendo las mentiras y calumnias de que de manera desvergonzada abusa la prensa nazi contra la Iglesia católica, dice:

«Declaraciones de fuente oficial eclesiástica afirman que la Iglesia está sometida en Alemania a medidas de excepción. Sin embargo, es notorio que la verdad es todo lo contrario. La Iglesia goza de privilegios y de una especie de monopolio más extenso que el de la Iglesia del Estado en Inglaterra. ¿Debe la Iglesia conservarlos, aunque se sirva de ellos para combatir con sus propios medios al Estado por mandato de sus más altos dignatarios?»

El «Angriff» enumera las medidas tomadas el año pasado en Alemania contra la Iglesia y ello le da pie para repetir sus calumnias:

«Si ha habido que cerrar y expropiar una docena de imprentas católicas — dice el periódico —, es porque se preparaban a difundir un documento redactado en el extranjero y contrario a los intereses del Estado. Si han tenido que ser disueltas las Asociaciones de la Juventud Católica ha sido porque se ocupaban de cuestiones reservadas a las Juventudes del Estado. Si se ha prohibido la publicación de revistas y de cartas pastorales, es porque tenían tendencias subversivas.»

¡He ahí cómo se escribe la Historia en la Alemania nazi!

«La Escuela confesional — prosigue el «Angriff» —, decididamente impúdica saldo del

Las actividades de los hombres de ciencia durante la guerra

El profesor de la Universidad Central, Arturo Duperier, nos habla de los trabajos realizados y de sus excursiones científicas por Francia e Inglaterra

Los horrores de nuestra guerra de independencia nacional no han sido en ningún momento un obstáculo para que los hombres de ciencia hayan continuado sus tareas. Las más diversas actividades culturales han podido desenvolverse en España durante estos angustiosos meses, claro está, con las limitaciones impuestas por la movilización militar que ha interrumpido en gran parte las funciones docentes. Pero la labor de investigación, de análisis, de estudio, de nuestras más preciadas figuras científicas no ha sufrido colapso. En algunos casos, mientras el enemigo lanzaba sus legiones de mercenarios contra Madrid y la aviación negra causaba víctimas inocentes, un grupo de sabios trabajaba en los laboratorios de Física, Química y Biología del Instituto Rockefeller, que sólo fué abandonado en el momento culminante del asedio a la gloriosa ciudad.

Uno de estos hombres — la lista de ellos es bastante extensa —, el profesor de la Universidad Central, don Arturo Duperier, ha sido requerido por el «Servicio Español de Información» y amablemente nos ha dado cuenta de la labor desarrollada en los últimos tiempos y de los viajes de estudio que ha realizado, demostrativos de la honda preocupación que, a pesar de las circunstancias actuales, siente el Gobierno de la República por los problemas del espíritu.

«Al iniciarse la sublevación militar — nos dice —, me encontraba en Madrid, dispuesto a emprender mi acostumbrado viaje de vacaciones; suspendí éstas y decidí proseguir la labor en el Instituto Nacional de Física y Química y en los trabajos de electricidad atmosférica y radiación cósmica, emprendidos estos últimos por mí, por primera vez en

España. Auxiliado por mis colaboradores, llevé a cabo estas investigaciones hasta el mes de noviembre de 1936, en que la instalación de una batería de artillería en el Retiro, junto al Observatorio Meteorológico, nos obligó a evacuar el edificio de este Centro. Poco después, me trasladé a Valencia, por disposición del Gobierno. Se nos dió todo género de facilidades para que en Valencia continuáramos nuestros trabajos, e incluso se transportó a dicha ciudad mi material científico que se encontraba en el Observatorio. En la Universidad de Valencia, en sus laboratorios y en el tejado de la misma proseguí mis investigaciones sobre electricidad atmosférica y radiación cósmica. Precisamente en los meses de guerra llegué a resultados positivos y sobre estas tareas he publicado varios trabajos, entre ellos, «La conductibilidad eléctrica del aire en Madrid»; «La radiación cósmica en Madrid y en Valencia»; «Las fluctuaciones simultáneas del campo eléctrico, la conductibilidad y la carga espacial del aire».

Con motivo de la Exposición Internacional, se celebró en París el Congreso del «Palais de la Découverte», al cual, por su interés, acudió una nutrida delegación española, constituida por los profesores Madinaveitia, Moles, Giral (F.), Zulueta (A.), Bolívar (I.) y por mí. La delegación fué objeto de una acogida en extremo cordial, que nos emocionó profundamente. Los organizadores del Congreso y los delegados del mismo nos prodigaron todo género de atenciones, señaladamente su presidente, el profesor Perrin. En la sesión inaugural, y por acuerdo de mis compañeros de delegación, tuve el honor de dirigir el saludo protocolario a los congresistas en nombre del Go-

bierno de la República, expresando además los votos de las corporaciones científicas que habían conferido su representación. En estas breves palabras hicimos ver cómo nuestra presencia demostraba plenamente el interés de nuestro Gobierno por contribuir, en lo posible, al progreso de la ciencia y al mantenimiento y extensión de la cultura.

Desde Francia marché a Inglaterra, atendiendo a indicaciones de nuestra Embajada, previa designación de la Junta de Relaciones Culturales. Mi viaje era un viaje científico, sin otra trascendencia. Iba a estudiar, a documentarme, a exponer mis impresiones sobre temas relacionados estrictamente con las disciplinas que cultivo. Establecí contacto con diversas entidades científicas tales como los diferentes colegios de la Universidad de Londres, el «Birbeck College», el «King's College», el «Imperial College», el «Observatorio Geofísico de Kew»; en Cambridge, el «Observatorio de Física solar», el «Cavendish Laboratory», departamento de geofísica y geodesia; en Oxford, el «Laboratorio Geofísico». Además, asistí a varias reuniones de sociedades científicas, entre ellas, las «The Royal Society of Physics», «The Royal Astronomical Society» y «The Royal Meteorological Society», donde fui amablemente agasajado. También concurrí a los clubs donde tuve oportunidad de conversar sobre las realidades de nuestro país con un crecido número de personalidades científicas bien destacadas. Estos clubs agrupan a las figuras más sobresalientes de la ciencia inglesa; en sus tertulias no se suscita para nada ninguna discusión de tipo político; se examinan los progresos alcanzados en el orden intelectual en cada país y se mantiene una frecuente correspondencia con los dirigentes del movimiento universitario del mundo entero.

—Así, pues — agrega el señor Duperier —, me interesa hacer constar que el medio científico que yo he visitado en Inglaterra es fundamentalmente apolítico. En este medio viven por lo común personas de un perfil conservador o, a lo sumo, de una orientación democrática, dentro del ideario conservador.

Por lo que yo he visto y por las impresiones recogidas en ese mundo de la ciencia que he frecuentado en la Gran Bretaña, puedo asegurar que la causa de la República contó con una simpatía esencial, con una simpatía de fondo, desde el primer momento de la rebelión militar. Inspiraba esta simpatía el hecho de que el Gobierno de la República es un Gobierno legalmente constituido, que se regía y se regía por las normas dictadas constitucionalmente; quizás en algún momento esa simpatía quedó acallada, pero renace ahora en tales términos que podemos considerar que se encuentra a nuestro lado la mayor parte de la opinión inglesa. Esta apreciación mía la formulo de acuerdo con la impresión que recibí hace algunos meses y que, desde luego, es anterior a las jornadas triunfantes de Teruel. He de afirmar igualmente que el resto de la opinión pública inglesa, aquella parte del país que no está a nuestro lado, tampoco es adicta a la política de Franco.

tiempo pretérito, pedía la piqueta demoleadora. Hubo que recoger hace poco una Encíclica del Papa sobre el rosario, porque este documento, por lo religioso, contenía mentiras acerca de la prensa alemana. La curia no se contentó con deformar esas medidas haciendo declarar a un obispo: «los fieles católicos están sometidos, en Alemania, a un régimen de excepción», sino que el propio Papa adoptó la misma actitud en su alocución a los fieles del mundo entero.»

El órgano nacionalsocialista apela a la noción de legítima defensa: «El pueblo alemán — dice en síntesis — no comprendería que el régimen nacionalsocialista no interviniese contra esas intrigas.»

El «Angriff» se atreve a pretender que la libertad de cultos está mejor asegurada en el Tercer Reich que en la Alemania de antes de Hitler o en la Francia actual. Cita estadísticas tendientes a probar que las organizaciones católicas se han multiplicado desde hace cuatro años en Alemania.

El órgano nazi se pregunta, por último, si la Iglesia no goza en Alemania de privilegios «escandalosos» y cita diversos argumentos en apoyo de esta tesis: autonomía de las organizaciones de la juventud católica y de las organizaciones obreras católicas; exención de los sacerdotes del servicio militar y de la legislación sobre embargos y derecho de representación de la Iglesia cerca del Estado por intermedio del nuncio. El «Angriff» concluye exigiendo el restablecimiento de la «paridad completa».

¡Leyendo tales mentiras, uno se pregunta qué idea tienen los nazis de la credulidad humana! («La Croix», 5-I-1938.)